

— Señor, si nosotros nada sabíamos...

— Bueno, pos por si sabían ó no sabían, empiecen luego á lo que les digo: échense á buscar los animales y arréglenlo todo, que don Donato es de los que llegan delante, y como delicado creo que no tiene cuate en el mundo.

— Pos allá vamos, jefe.

— Bueno, y por de pronto traigan dos ó tres *limetas* de buen mezcal, que estamos necesitándole.

— ¡Mi comandante, pero si no le tenemos!

— Pues le sacan de debajo de la tierra, cordones, que conmigo no hay chancitas.

Así atravesamos soledades temerosas, bosques que sabíamos eran guarida de imperialistas, arroyos en que el rumorcillo del agua se confundía con el de los caballos al remover las guijas húmedas con las pezuñas herradas, y pueblecillos que veían llegar con el Jesús en la boca á los terribles *aposentadores*, que iban á comerse lo poco que se guardaba. Por allí recibimos noticia de que venían contra nosotros varias partidas de imperialistas.

A media noche pasamos por Copala, donde los perros nos saludaron con sus ladridos más agudos, los franceses con una salva y algunos jinetes con una persecución que duró como media legua. Al amanecer llegamos al Verde, ordinario abrevadero de Martínez, y al otro día, cuando el sol estaba en mitad de su carrera, parábamos en el

Espinal, donde recibimos oportuno aviso de que se encontraba robando y cometiendo horrores una gavilla de imperialistas. Les caímos cuando estaban más descuidados, les pegamos una golpiza de Dios es Cristo, y seguimos caminando. Tanta era nuestra confianza, que poco antes de arribar al rancho de Escamilla, un compañero puso en el suelo una frazada, sacó una víbora apretada de pesos y una baraja mugrienta y empezó á tupirle á los albures.

Allí fué lo de «Primera bastos sota moza», «Voy camonina», «Lo tapo», «Patatas de sota, dos seguro», «A la sota por bonita y al caballo por ligero», «¡Ah, qué tres tan venidor!»; y hasta coplillas que venían á pelo con una oportunidad que daba gloria:

Un cojo se fué á la fiesta
Y en la cuesta se detuvo.
Hay cojos que tienen madre,
Pero éste ni madre tuvo.

Había quien juntara dos ó tres pesos, había quien tuviera hasta dos ó tres onzas; pero todo lo íbamos dejando en manos del dueño del monte, por no recordar el sabio proloquio de que «de Enero á Enero el dinero es del montero».

Estábamos en lo más reñido de «No doy caja», «Ya me pelaron», «¡Qué suerte de maldito!», «Vénganse á la cargada», «¿Corre?» «Puede», cuando miramos volver

despavoridos á nuestros soldados que habían ido á Escamilla á holgarse en paz y gracia de Dios.

Quiso mi buena suerte que estuviera cerca de mí el caballo en que había venido montado. En un momento trepé en él, salí con los quince ó veinte jinetes que me pudieron seguir, y cuando el resto de la tropa pudo valerse ya se encontró rodeada de una guerrilla mexicana y de un destacamento de cazadores franceses.

Nos encaramos con los enemigos, les dimos una carga que les desordenó en buena parte; pero como muchos de los nuestros se encontraban pie á tierra, poco á poco los agresores fueron quedándose dueños del terreno y obligándonos á la huida.

Pudimos luchar con éxito un buen rato, mas al bajar una cuesta la gente se desordenó, nos hicieron tres muertos y el pobre comandante Salas cayó mal herido y fué hecho prisionero.

A mata caballo me escapé de caer en manos de los franceses, llevando á mi lado á doce soldados, de los cuales seis llegaron conmigo á Cosalá, donde me reuní con el resto de las brigadas y pude saber el fusilamiento del comandante Salas y la muerte de muchos de mis compañeros de aventura.

Así terminó la mía, que me produjo el ascenso á comandante de escuadrón, grado con que ahora me pavoneo, y al resto de la tropa la ventaja de no ser perseguida en su tránsito.

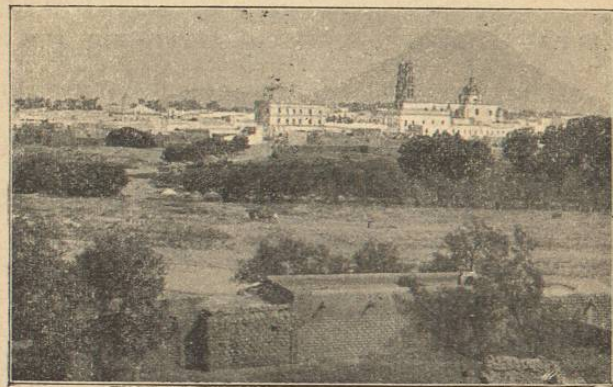
(Al otro día).

Este bendito pueblo de Guadalupe y Calvo ha venido á ser para nosotros como una Capua, como un Patmos, como un refugio en todas nuestras adversidades. El general determinó entrar en Durango, y, de acuerdo con Pattoni y Carbajal, hostilizar á los franceses dirigiéndose contra Santiago Papasquiario; pero pronto recibió la orden de volver á Sinaloa, donde hacía falta nuestra presencia.

Apenas era tiempo: la parte de territorio que atravesábamos estaba agotada, empobrecida, sin nervio y sin recursos. Entramos en Chihuahua; y el general consideró necesario reposarse unos días en este mineral, que tiene fama de rico y fastuoso entre toda la chinaca. Pero para llegar ¡qué trabajos tan grandes, qué hambres tan horribles, qué precipicios tan espantosos, qué falta de toda suerte de mantenimientos!

El encargado de la autoridad política dirigió al general una comunicación, respuesta á la que éste le puso; en ella decía, que aunque el mineral se encontraba en malas condiciones por haberse paralizado en grandísima parte el trabajo de las minas, quería el vecindario hacer ver en cuánto estimaba los sacrificios de los defensores de la patria. Para el efecto le ofrecía diez mil pesos en dinero y tres mil en provisiones, no enviando más á causa de que el pueblo tenía que suministrar mensualmente seis mil pesos al Gobierno federal establecido en Chihuahua. El

auxilio llegó á tiempo, pues cabalmente el día que vimos los primeros sacos de maíz y trigo íbamos ya agotados y sin fuerzas: las lluvias de la sierra nos dificultaban en un noventa por ciento más aquel camino formidable; las marchas á pie nos habían hecho pedazos el vestido y el calzado; la falta de comida nos había extenuado, de manera que parecíamos espectros.



VISTA DE CHIHUAHA

El general quiso instruir á los oficiales de la conducta que debían observar ellos y sus tropas al entrar en el pueblo patriota y admirable que tan bien nos trataba; pero apenas había comenzado á hablar, desde el caballo, cuando le vimos mudar de color, afianzarse de las riendas del animal y de la cabeza de la silla, y, por fin, caer al suelo cuán largo era.

Acudimos á levantarlo; creyendo en alguna enfermedad grave, hicimos llamar médico que lo atendiera, y

como providencia preliminar alguien le dió á oler un frasco con aguardiente. El general volvió en sí, bebió con grandes gestos un trago del licor, y luego que hubo comido un cacho de cecina se puso en pie y subió de nuevo en el *cuaco*: hambre, pura hambre, era la enfermedad de don Ramón...

Un buen trecho antes de llegar al pueblo salieron á recibirnos los sujetos más notables montados en grandes y briosos caballos, y á la orilla vimos á una multitud entusiasta que se esforzaba en agasajar, no ya á los jefes de alta graduación, sino á los más insignificantes soldados. Durante la semana que aquí llevamos hemos disfrutado de bailes, banquetes, días de campo y de toda suerte de cumplidos; las tropas tienen vestuario y rancho; los jefes somos tratados á cuerpo de rey y todos creemos estar en unas perpetuas bodas de Camacho.

Desgraciadamente volveremos pronto á Sinaloa, donde el temporal, haciendo crecer los ríos, ha inundado los terrenos é impide toda suerte de trabajos y hace imposible la estancia de cualquier clase de tropas.

Sólo el estar cerca de ti consuela á tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

El Fuerte, 1865.

Vida mía de mi alma: para que veas que no sólo te he de contar aventuras guerreras, hoy te envió una cartita

anónima que acaba de llegar á mi poder y en que se procura indisponerme contra ti. Vale la pena de que te rías con el papasal y por eso te le copio:

«Mi querido amigo: usted, por mirar las estrellas, olvida lo que pasa debajo de ellas. Mientras cree defender á la patria, no defiende algo que todavía le toca más de cerca.

El Nigromante sigue con sus atenciones, y aunque usted no se preocupe por semejante carcamal ni por lo que intente, es bueno se fije en un francés, guapo él, bajito de cuerpo él, con hermosa barbilla él.

Parece que la señora gusta más de los uniformes flamantes que de los uniformes agujereados, de las buenas caras que de las caras marchitas, de las gentes que comen que de las gentes que ayunan. Allá ella.

Le creo á usted un hombre de vergüenza, y por eso le refiero estas cosas que me figuro han de interesarle. Aunque la señora es muy ladina y ha engatusado á sus suegros, me parece no logrará engañar á usted. Pregúntele sólo por qué la visita con tanta asiduidad un oficial francés.

Tal vez hable con ese sujeto sobre lo bonito que es París y lo divertida que se pasa la vida por allá; pero aquí piensa de otro modo la gente chismosa.

Bueno sería que usted se cerciorara de todo.

Un amigo que se interesa por la honra de usted.»

Hasta la próxima

Miguel.

DE EUGENIA JECKER DE OLIVOS Á MIGUEL, SU MARIDO

Copala, 1865.

Miguel mío: hoy conocí á Agustina Ramírez, mujer que si hubiera nacido hace siglos, en Grecia ó en Roma, sería vista con veneración y á su muerte tendría templos. La Agustina es mujer recia de complexión, de estatura alta, nada hermosa y muy determinada. A su impulso se alistó en las banderas liberales su marido Severiano Rodríguez y pereció en un ataque que los generales Vega y Pesqueira dieron al puerto de Mazatlán. En la guerra presente ha llevado sus trece hijos á las tropas republicanas, y doce lleva ya perdidos en diferentes combates. Esos valientes se llamaban Librado, Francisco, José María, Manuel, Victorio, Antonio, Apolonio, Juan, José, Juan Bautista, Jesús y Francisco (segundo). Le queda un muchacho llamado Eusebio, y el general Corona le ha permitido, casi le ha exigido, que le conserve á su lado para que la acompañe en su vejez.

Y no pienses que esta heroína se haya limitado á enviar al campo á sus hijos: les ha adoctrinado, les ha aleccionado, camina cerca de ellos, les exhorta, les cura cuando están heridos y les entierra cuando mueren.

Al entrar á la primer batalla, asustado por el estrépito y la confusión, uno de los muchachos, el más tierno, tomó

el campo y desertó. El ejército no se entretiene en buscar desertores: le basta con las dificultades ordinarias con que cuenta. La Agustina salió á toda prisa, recorrió leguas enteras y no volvió al lado de sus otros soldados hasta que hubo rescatado al fugitivo.

— Señor general, le dijo á Corona al presentársele, señor general, aquí está este chico que se había escapado. No le castigue, señor, ya ha ofrecido no volver á hacer nada igual en su vida: se ha convencido de que una cobardía suya es la muerte de su madre.

¡Qué hermoso ejemplo de austera y varonil entereza de esta mujer, que sin talento ni ciencia ni aun educación, comprende tan bien y practica tan sencillamente sus deberes para con la patria!

¡Que todas las madres mexicanas fueran así!

Todos estamos buenos y te mandamos muchos abrazos; yo te envío de sobornal algunos besos. Tu

Génie.

DE MIGUEL Á EUGENIA

El Fuerte, 1865.

Eugenia mía: mi carta se topó de seguro con la que me escribes hablándome largamente de una señora Martínez ó Rodríguez. Bien me parecería, si no hubiera continuado el maldito carteo de mi corresponsal anónimo,



— Señor general, le dijo á Corona al presentarle...

que ayer y hoy me mandó nuevas esquelitas contándome no sé qué horrores que te conciernen. La de ayer dice en la parte esencial:

«Las visitas del *Nigromante* á la casa de usted siguen siendo el palillo de dientes de todas las conversaciones: no hay quien no considere que le minotauriza á usted ese escritorzuelo, que por cierto dicen es muy blando y alegre de corazón. ¿Qué hace, por qué no viene por aquí y mete en cintura al danzante?

»Pero peor es, si cabe, la presencia del francés barbilindo, que tiene tontos y locos á sus señores padres, que por cierto no han perdido la gracia del bautismo. ¡Dios se la guarde para cuando tengan que ir á la gloria! Mientras eso sucede, no dudo que usted pare en el limbo.»

La de hoy decía:

«Se lo dije á usted y todo se ha cumplido como si estuviera mandado de arriba: el franchute está haciendo de las suyas sin escrúpulo y fingiendo desesperarse por los males que recaen en la familia de usted: hizo nombrar á don Germán juez de primera instancia de Villa Unión; el hombre se rehusó y esta mañana se presentaron diez soldados que le condujeron á pie y con grandes vejaciones hasta Mazatlán; es probable que se conforme ó que entre en prisión si acaso sigue en sus trece.

»Las señoras, entretanto, quedan encomendadas á la

paternal tutela del *Nigromante* y del oficialillo del cuento, que de seguro no van á perder su tiempo en tonterías.

»¿Y mi madre? me dirá usted; allí queda mi madre. Pero no se canse usted; mi señora doña Lorenza, que es buena como el buen pan, tiene tanta malicia como el niño Miguelito, y con la mayor facilidad la engañarán el oficialillo bulle bulle y... Iba á decir lo que no debo.

»Conque abra usted el ojo y fíjese bien en este importante negocio. Usted es muy tierno, muy bondadoso y muy querendón; por eso le enredan con suma facilidad. Y eso estará siempre bien; pero, amigo, cuando se trata de cosas como la negra honrilla, no hay que andar con repulgos.

»Su amigo de siempre.»

¿Qué es esto, Eugenia de mi alma? ¿qué es esto? Hay para volverse loco, hay para hacer una atrocidad.

¿Está preso mi padre? ¿Están ustedes en peligro? ¿Circulan esos infames rumores? ¿Te corteja ese oficial francés? Háblame, háblame con verdad. explícamelo todo, que todo tengo derecho á saber, sea bueno ó sea malo. Te exijo que me respondas antes de que pase el día en que ésta recibas, pues cada instante que pasa me sumerge en nuevas dudas y cavilaciones. Contéstame; ten compasión de mí. Tu afligido,

Miguel.

DE MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS AL GENERAL
DON RAMÓN CORONA

Playa Colorada, 1866.

Mi respetado general: el gringo Dana no se distingue por su habilidad para poner la pluma, y aunque yo tampoco sea un primor en el asunto, he recibido encargo de referirle á usted pormenorizadamente, cómo aconteció la captura del *John L. Stephens*, pues quizás se le ofrezca á usted dejar bien aclarado el punto ante nuestro Gobierno, y quizás también logre deshacer imaginarias reclamaciones que pudieran presentarse por nuestro modo de obrar. Y como el parte es por su naturaleza misma lacónico y conciso hasta no poder más, estimo que quizás convenga quede bien sentado lo que nuestro país debe á Dana; por eso le hablo á usted con cierta extensión.

Como usted sabe bien, mi general, Dana es aquel americano, minero rico y comerciante de crédito, que encontrándose comprometido ante los franceses por la ayuda que nos había prestado, solicitó de usted la gracia de caminar al lado nuestro, peleando con nosotros y poniendo á nuestras órdenes su admirable puntería, bajo la sola condición de subsistir de sus propios recursos. Usted accedió al deseo de Dana, que desde entonces fué el jefe de la llamada guerrilla americana.